

retóricas por cruces quiasmáticos, contrastes, antítesis, paradojas o montajes paralelísticos; las epítasis enfático-valorativas; el predominio de imágenes disfémicas (zoo-mórficas, antroposémicas o cosificadoras); la proliferación de símiles catagógicos, escatológicos o surreales, etc., ocultan toda una sutil operación de derribo (el mistagogo sucumbe a las seducciones pornográficas de la ninfoclastia) del sentido político en beneficio de la hipóstasis de la vaciedad.



Situado entre Voltaire y Cagliostro, el Supremo nos ofrece una visión apologética de la Historia desde la óptica de una moral que sólo admite compartimentos estancos. Los conceptos de «Máscara», «Carnaval», «Travestismo» y «Espejo» resultan insoslayables para propiciar un único acto de habla omnicomprendivo que entronca con la heráldica numérica veterotestamentaria del número tres como *axis mundi*: anáfora, catáfora, epífora; cronotopía, ucronía, anisocronía; historia paraguaya, historia de la construcción del texto, historia de esta historia; verbos «Ser», «Estar», «Parecer»; elegía, apólogo, ironía; pasado, presente, futuro; narrador, narratario, narratividad; novela, antinovela, metanovela; historia, intrahistoria, metahistoria; actante, oponente, coadyuvante; función apelativa, función fática, función metalingüística; poética del universo narrativo, poética del decurso histórico, poética del discurso metanarrativo; esfera ética, esfera ideológica, esfera estética; símbolo, signo, icono; afasia, logorrea, dialogismo; soliloquio, delirio elocutivo, diálogo; Yo, Paraguay, El; substrato, adstracto, superestrato, etc., serían algunas (sólo algunas) de las tricotomías que sostienen un edificio retórico diseñado como una pirámide invertida que mantiene su equilibrio malabar gracias al juego entre Utopía (Paraguay)/Contrautopía (vid. págs. 315, 326, 332...) y una simbólica hilozoísta (siempre de connotaciones órfico/teúrgicas) que se materializa en los cuatro elementos primordiales de toda cosmogonía sobre los que bascula la trama. La puesta en escena de un espacio de representación del Sujeto halla en el *agua* (muerte del padre, caída del caballo durante la tormenta...), *fuego* (incendio del palacio y de sus escritos...), *aire* (aerolito...) y *tierra/piedra* (piedra-bezoar, tumba...) su razón de ser.

⁶⁴ Palabras textuales de Roa Bastos, A. (1990) 2, pág. 45: «Desde esos estados de la vida más allá de la muerte, de los que habla el Dante, desde ese solio de transmundo instalado en una cripta, donde moraba como un yacente y sombrío Dios Térmico, subía esa voz, ese monólogo criptico inacabable».

A la Teoría del Infierno (págs. 356, 360, 375, 380, 404, 405) se yuxtapone toda una casuística de la Memoria/Olvido en un ámbito especialmente truculento: el asimismo espacio rulfiano (con los inevitables aditamentos extraídos de los *Diálogos de los muertos* de Luciano) del *status animarum post mortem*⁶⁴. Esa memoria hipertrofiada (como la del *Funes el memorioso* de Borges) se alimenta de una de las metáforas librescas más venerables: la del subterfugio de Scherezade (el Supremo habla claramente de «cuentos cherezados», pág. 425) como cortada de la metamnesia contra la labor depredadora de la Negatividad (el *larvatus prode* cartesiano pero de sentido inverso) ya

que «la conciencia sólo puede olvidar los fenómenos porque puede recordarlos»⁶⁵, amalgamarlos, subvertirlos o dislocarlos según los distingos de los montajes anafóricos o catafóricos exigidos por un discurso hermafrodita que combina la dialéctica hegeliana del Amo y el Esclavo (el Esclavo *es* la verdad del Amo: que es lo que ocurre, precisamente, con Macario, el negro Pilar o, incluso, el criado de Cándido que abandona el universo de lo literario para actuar como una figura de carne y hueso) con el esquema cervantino (Sancho/Alonso Quijano) para asegurarse un modelo formal que entronca, por una parte, con la materia narrativa e icónica de «*lo confesional*» (desde Agustín de Hipona o Rousseau hasta Chateaubriand o Dostoviesky) y, por otra, con la *hybris* humanista que busca en el Sujeto un único espacio de representación presidiado por una teoría de la identidad. A pesar de que en el texto no se cita jamás el nombre histórico del dictador, la hermenéutica del «Nombre Propio» como aura de lo «Idéntico» funciona a la perfección.

El texto de Roa *deconstruye* la catexia libidinal del relato clásico por la paragramática de un palimpsesto topográficamente cifrado. A los complejos de Acteón y de lady Macbeth (el ojo se arrienda al ano) se añade el arte de la pantomima que hace del cuerpo (y sus sinonimias) un espacio privilegiado para la inscripción de los acontecimientos. Al carácter onirocrita y al órdago alucinatorio del dictador se suma el narcisismo que tabula un monólogo fantasmático (tercer cliché rulfiano) que remite simultáneamente a Montaigne («Yo mismo soy el tema de mi libro»)⁶⁶ y al *pathos de la distancia* y la *memoria de la voluntad* de F. Nietzsche⁶⁷. La mecánica del canon ficheteano Yo=Yo se ve obstaculizada tanto por la *paradoja de Zaratrusta* como por la *paradoja del comediante* de Diderot: lo que se representa no es jamás un acontecimiento sino un tema.



En caso de que, metodológicamente, fuese posible aislar algún motivo que obsesionase al doctor Francia de forma especial, éste sería, sin duda, el del carácter racional de la irracionalidad. Si la mente es un fantasma verbalizado⁶⁸, la promiscuidad de las definiciones hipnóticas y los dictados narcóticos llega a prohiar una relación fatídica entre el hombre y el valor de tal entidad que sólo por medio de una iconotropía *ad usum Delphini* resulta posible interpretar las contrafacturas de un código doblado de hermetismo. Atrapado entre los protocolos de la cultura nazarena y de la utopía arcádica (Paraguay es descrito en términos idílicos nada menos que como sede del Paraíso Terrenal), el Supremo se debate a lo largo y ancho de la desmesura de su somniloquio entre la duda escéptica y la duda metódica⁶⁹. En cuanto macroántropo de proyección casi cósmica, Francia se comporta como una máquina demente de producir enunciados (todos ellos arropados por el claudátor de las imágenes andróginas y las sinonimias oníricas) hasta lograr su objetivo final: mitologizar el Todo en un intento, baldío, de fetichizar una falsa totalidad con la intercesión de distintos objetos

⁶⁵ Merleau-Ponty, M. (1975), pág. 79.

⁶⁶ Montaigne, M. (1984) (I), pág. 4, motivo que repite en Montaigne, M. (1984) (II)-Libro Segundo, VIII, pág. 51.

⁶⁷ Cfr. Nietzsche, F. (1983), *Tratado segundo*, pág. 66 (para el primero); y Nietzsche, F. (1985), *sección novena*, pág. 19; (1983), págs. 31 y 145; (1984) —«*IncurSIONES de un intempestivo*»—, pág. 87; (1986), *aforismo 44, para el segundo*.

⁶⁸ Moreno, H. (1981), pág. 39.

⁶⁹ Bachelard, G. (1973), pág. 36.

⁷⁰ Cfr. Adorno, Th. (1969), pág. 106: «La utopía es una recaída en la filosofía de la identidad».

⁷¹ Girard, R. (1985), pág. 139.

⁷² A la que remite todo el discurso de Francia como un tiempo quimérico desde el que abolir el movimiento diplomático asociado a la angustia.

⁷³ Para Freud, S. (1989), pág. 78, «la libido narcisista se transforma constantemente en libido objetiva, y viceversa».

⁷⁴ Según Rosolato, G. (1974), pág. 22, «el doble no será más que una apariencia del Otro y no obstante el Mismo».

⁷⁵ Para Bataille, G. (1981), pág. 63, «una vez acabada la historia, la negatividad quedaría sin uso».

⁷⁶ Expresión acuñada por Foucault, M. (1980), pág. 19.

⁷⁷ Foucault, M. (1968), pág. 35.

⁷⁸ Derrida, J. (1989), pág. 44.

⁷⁹ Merleau-Ponty, M. (1975), pág. 183.

⁸⁰ Según Freud, S. (1990) 2, pág. 36, «en el placer de contemplación y exhibición, el ojo constituye una zona erógena».

⁸¹ Cfr. Bentham, J. (1989).

⁸² Cfr. Lacan, J. (1971), *passim*.

⁸³ Foucault, M. (1980), pág. 169.

⁸⁴ Deleuze, G. y Guattari, F. (1985), pág. 16.

⁸⁵ *Ibid.*, pág. 117.

⁸⁶ Deleuze, G. (1989), pág. 11.

⁸⁷ Merleau-Ponty, M. (1975), pág. 298.

abstractos de identificación (Pelicano, Héroe Necesario...) que confluyen sobre una red de contenidos utópicos⁷⁰ en cuanto *analogon* de su teodicea política y de su ética universalista que se hacen deudoras de la apología de lo «Idéntico» y lo «Intercambiable»⁷¹. Francia recurre a las categorías de milenios (es el suyo un estilo monumental y ritualizado) en su lectura priápica (mitos de Deyanira, la Bella Andaluza, la Estrella del Norte...) del mundo, en su imaginería fálica, en su magnificación de la beatitud de la infancia⁷² (vivida como un único futuro), en la negación de lo orgiástico y en el arrebató biológico de los eufemismos «Raza», «Sangre», «Suelo» y «Patria». Al no ser capaz de superar el *estadio del espejo* (permaneciendo perpetuamente infantilizado en su percepción gerontocrática de la realidad), el dictador queda varado en medio de las arenas movedizas de la creación autística, del narcisismo⁷³ y del desdoblamiento⁷⁴ estéril, moralmente amilanado por la evidencia de que el descubrimiento del Ser es terrorífico, los desafueros de la dialéctica de la «Promesa No Cumplida» (en el centro de su gigantesco fraude ideológico se eleva el monumento a la revolución traicionada), la tragedia de la «Apariencia» y una ética del sacrificio de origen veterotestamentario que hace del holocausto de las palabras (esto es: de una sintaxis perceptiva reglamentada según los dicitos de la Negatividad)⁷⁵ una *objetividad de apocalipsis*⁷⁶ en la que «el mundo de lo similar sólo puede ser un mundo marcado»⁷⁷. La Circular Perpetua, entonces, sólo puede ser entendida como la exégesis del «éxtasis apolíneo de la mirada»⁷⁸ y de «la existencia (como) una encarnación perpetua»⁷⁹ de ese dios tutelar que remeda, desde su hieratismo de *voyeur*⁸⁰, la imaginería del «Panóptico» de J. Bentham⁸¹ porque el repudio de lo real (el repudio del Nombre del Padre, según J. Lacan)⁸² subsume la *dimensión dativa* del discurso político («El poder es aquello que dice no»)⁸³ según las pautas de un significante asimismo despótico: el Yo se comporta como un Sujeto narcotizado por la función sagrada de la enunciación porque a estas alturas no hay duda alguna: «el esquizofrénico es el productor universal»⁸⁴ y «el signo del deseo nunca es signo de la ley, es signo de poder»⁸⁵.

★

Si el rasgo dominante del Barroco «es el pliegue que va hasta el infinito»⁸⁶, en la gramática de equivalencias del Supremo el predicado es ante todo relación y acontecimiento, nunca atributo. El silogismo moral al que se aferra sólo consiente una opción interpretativa del Sentido: aquella que opera por superposición tanto de la afirmación como de la negación. En este marasmo de la pasividad es de donde afloran los trémolos de la voz de ultratumba que yace sepultada en el *fuscum subnigrum* o en el *Tenebrus Obscurus* (la noche que no tiene límites de que habla M. Merleau-Ponty: «me toca ella misma y su unidad es la unidad mística del *mana*»)⁸⁷ desde cuyos recovecos surge a una superficie semióticamente invalidada por ese lexicólogo que es el perro Sultán (detrás de cuyo criticismo ultraliberal hallamos al Cipión y